

# CAPÍTULO 1

---

## Bruselas: la nueva Roma

Kiev, Tiflis y Bakú no tienen el aspecto de grandes capitales europeas como Londres, París y Roma, y tampoco uno se siente igual en ellas. Estas ciudades, llenas de los enormes escombros arquitectónicos y mentales de la Unión Soviética, y los países de los que son capitales, necesitan seriamente una buena puesta a punto. El problema es que ello exige estabilidad política, inversión económica y sobre todo un contrapeso a Rusia, que todavía manipula las fronteras, los gasoductos, los oleoductos y los mercados para atraerlos de nuevo a su órbita.

«Es muy sencillo: odiamos a Rusia», me dijo un diplomático estonio en Tallin, expresando sin rodeos un problema que es a un tiempo emocional y estratégico. Por supuesto, no se trata de un reto nuevo para el este de Europa, donde la cristiandad occidental, la ortodoxia eslava y el islam turco han estado en conflicto durante más de mil años. Hace un siglo, los estrategas Halford Mackinder y Rudolf Kjellén se dedicaron a contener el poder de Rusia; el primero sostenía que la solución era una alianza atlántica y el segundo reclamaba una federación centroeuropea sólida. Sin embargo, lo que sucede hoy supera lo que cualquiera de ellos pudo imaginar. En lugar de que Europa oriental vuelva a ser una «zona de absorción de impactos» entre Alemania y Rusia después de la Guerra Fría, la Unión Europea está incorporando a alemanes y eslavos por igual, integrándolos por completo en un nuevo imperio europeo.<sup>1</sup>

El recorrido mental por la expansión imperial de Europa comienza en un mapa, cuando uno traza con el dedo un recorrido en forma de L

desde la fría región del Báltico hacia abajo, a través del grupo de países de Europa central de Visegrado (Polonia, las repúblicas Checa y Eslovaca y Hungría), Ucrania, Rumania, la antigua Yugoslavia y el sur de los Balcanes; después se sigue en dirección este a lo largo del mar Negro cruzando Bulgaria, Turquía y el Cáucaso hasta llegar a las oleaginosas costas del mar Caspio. Antes, esta zona controvertida —el «segundo mundo» original— se pintaba de color rojo, excepto Turquía, para señalar el Pacto de Varsovia. Hoy día la Unión Europea la colorea de azul para señalar que la región está lista para su ascenso al primer mundo. Sin embargo, como escribió premonitoriamente el sociólogo angloalemán Ralf Dahrendorf, «el primer y el segundo mundo se están uniendo en algo que aún no tiene ni nombre ni número».<sup>2</sup> El recorrido actual por este nuevo Este europeo es extremadamente accidentado y está repleto de obstáculos impredecibles, de saltos de fe y de todas las inquietudes propias de aquellas personas que se han librado recientemente, hace menos de una generación, del totalitarismo.

Pese al profundo examen de conciencia poscomunista que aquejó a toda la región en la década de 1990, la Unión Europea ya ha ganado las batallas más fáciles. Desde el colapso de la Unión Soviética, la Unión Europea ha integrado como promedio un país por año y sus ciudadanos ahora viajan mucho más fácilmente hacia el oeste de Europa que hacia el este, donde se encuentra su antiguo amo: Rusia. En un solo día, el 1 de mayo de 2004, más de cien millones de ciudadanos de diez países se convirtieron oficialmente en europeos.\* Milan Kundera llamó perspicazmente a estas naciones los «territorios secuestrados de Occidente», pero el Occidente al que han regresado no es la Europa de fragilidad y depresión posterior al Tratado de Versalles. «Nuestros pasaportes dicen mucho sobre la nueva mentalidad europea: antes de 1914, en realidad nadie necesitaba un pasaporte —me explicaba un viajero checo mientras agitaba con orgullo su nuevo documento de color burdeos en un compartimento de tren lleno de jóvenes europeos occidentales—. Ahora tenemos la siguiente mejor opción: un pasaporte europeo común que, además, respeta nuestras lenguas nacionales.» En los siglos XVIII y XIX, las élites europeas cambiaron de lengua franca en múltiples ocasiones, pero al conceder el estatus de oficial a la lengua de cada uno de los Estados miembros, la Unión Europea ha evitado una de las causas de jingoísmo más comunes en la historia, ga-

\* Estos diez países fueron Chipre, la República Checa, Estonia, Hungría, Letonia, Lituania, Malta, Polonia, Eslovaquia y Eslovenia.

rantizando así un imperio políglota y heterogéneo; un giro radical con respecto a la ignominiosa historia de Europa a principios y mediados del siglo XX.

Durante más de medio siglo las naciones europeas han estado aumentando su poder y con el tiempo han dado una segunda oportunidad a los pequeños y devastados países que surgieron después de la Segunda Guerra Mundial. Aunque los miembros de la Unión Europea siguen siendo naciones independientes, tienen más importancia como miembros del único superestado del mundo.\* La guerra entre dos países cualesquiera en el interior del denso nexo institucional de la UE se ha hecho imposible y la promesa de una mayor seguridad y riqueza ha logrado, en buen medida, alinear las políticas exteriores de sus miembros.<sup>3</sup> «Nuestra mayor maniobra logística desde la Segunda Guerra Mundial no fue militar —alardeaba un funcionario en uno de los lustrados edificios posmodernos de la Unión Europea—, sino poner en circulación el euro en el año 2002.»

La ampliación de la UE es una apuesta más cara que la guerra de Estados Unidos en Irak, pero de hecho ya está siendo rentable. «Empobrecemos intencionadamente a la UE cada vez que nos ampliamos —me explicaba un vivaz eurócrata de Lituania en un pub de Bruselas atestado de eurófilos multilingües—. Pero la estabilidad que sembramos es incalculable.» La UE gasta más de 10.000 millones de dólares al año sólo en renovar las infraestructuras físicas de su nuevo Este, acelerando su recuperación tras decenios de dejadez comunista.<sup>4</sup> Esta estrategia, que levantó a Irlanda —el «enfermo de Europa» hace una generación—, y a España y Portugal tras sus respectivas dictaduras, está ahora surtiendo efecto en los países del Este.\*\* Aunque muchos

\* Para los escépticos, el auge de la Unión Europea depende de una constitución que establezca los derechos de voto, las contribuciones al presupuesto y las funciones de un presidente y un ministro de Asuntos Exteriores comunes. Estas disputas internas retrasan la unidad europea, pero no la impiden, y ello se debe a una irónica razón: el sistema federativo de Europa es ya un rotundo éxito en la resolución de conflictos a través del Tribunal Europeo de Justicia y de otros organismos. La hidra de la UE tiene múltiples capitales y centros de poder; cerca de 800 parlamentarios se desplazan entre Bruselas, Estrasburgo y Luxemburgo, y la Comisión Europea ya unifica la política de la UE en dos decenas de campos. Se está elaborando una simple declaración de principios que establezca las funciones del futuro presidente y del ministro de Asuntos Exteriores, lo que implica que la constitución sería simplemente la guinda del pastel.

\*\* En realidad, la lógica económica que subyacía a la exclusión de la UE de los países del Este —que sus estándares laborales eran demasiado bajos— se ha invertido y se ha transformado en un argumento para acelerar su integración. Una vez incorporados, deben cumplir con los elevados estándares laborales de la UE, reduciendo de este modo el desvío de inversión extranjera hacia fuera de la Europa occidental.

pronosticaron que Hungría iba a tardar decenios en alcanzar al oeste, ya se ha convertido en el centro de subcontratación empresarial de la región, el 80 % de su producción está a cargo de multinacionales europeas y el 80 % de sus exportaciones vuelven a la UE. Eslovaquia ha pasado rápidamente de fabricar tanques a fabricar Volkswagens. La integración en la UE ha supuesto que los escándalos de los gobiernos de Polonia, Hungría y la República Checa apenas han afectado al crecimiento económico. «Es a los nuevos Estados miembros adonde los empresarios europeos están acudiendo en tropel en busca de acción», me dijo con efusividad un consultor de administración de empresas alemán que vuela regularmente a Varsovia y Budapest en alguno de los vuelos cortos de Lufthansa cada vez más frecuentes en la región.

La ampliación de la UE también se ha convertido en un círculo virtuoso que consiste en explorar nuevos mercados para reducir la dependencia de las exportaciones de Estados Unidos, un paso crucial para la creación de una superpotencia independiente. La savia fresca de los nuevos miembros de la UE ha generado un federalismo competitivo que incentiva la economía europea en su conjunto.<sup>5</sup> El modelo de desarrollo de los países bálticos —libertad empresarial, competencia abierta y leyes laborales flexibles— ha comenzado a penetrar, vía Europa central, en los países rezagados de Europa occidental. Como señalaba un analista de la UE afincado en Bruselas, «ahora al frente de la integración están países que solían estar en la periferia de Europa [pero] han aprendido a enfrentarse a los retos y a aprovechar las oportunidades de la globalización».<sup>6</sup> El mercado común de la UE es el mayor del mundo, y lo seguirá siendo independientemente de lo que haga la economía estadounidense.

La UE es con mucho el imperio más popular y próspero de la historia porque no domina, disciplina. Los incentivos de la europeización —las subvenciones de Bruselas, la libre circulación y la adopción del euro como moneda común— son demasiado buenos para no quererlos. Bruselas rivaliza hoy con Washington con su multitud de grupos de presión, entre los que se incluyen decenas de empresas de relaciones públicas contratadas por países de los Balcanes y postsoviéticos que compiten activamente por su admisión en la UE. Sin embargo, para poder optar al ingreso, los países postcomunistas que aún se encuentran en ruinas, desde Moldavia hasta Albania y Azerbaiyán, deben hacer algo más que limitarse a mejorar su imagen. Tienen que adoptar medidas concretas para asimilar las leyes y normas de la UE,

tal y como se establece en la nueva Política de Vecindad, que entrelaza cuestiones militares, económicas y de gobernanza. Los eurócratas administran a sus futuros súbditos el lenguaje abundante en acrónimos de la UE en dosis pequeñas y digeribles, convirtiendo a vecinos indisciplinados en miembros productivos.

Pero los beneficios son recíprocos: Europa *necesita* expandirse o de lo contrario morirá. «No lo admitimos, pero la ampliación estabiliza el descenso de la población al tiempo que incrementa la fuerza laboral disponible», me confió un funcionario de la Comisión Europea en su despacho atestado de estudios tecnocráticos. Sin embargo, la gradual unificación del oeste y el este de Europa no es sólo política y económica, sino también cultural y psicológica. La creciente diversidad de Europa hace que la europeidad sea un ideal que se puede alcanzar poco a poco, en lugar de una forma platónica mítica, al transformar las identidades de los países europeos de tribales a cosmopolitas. Aunque algunos europeos occidentales temen que se diluya su imagen de élite, la evolución de Europa está confiriendo al término *europeo* un sentido positivo después de decenios en que su significado era exclusivo (léase cristiano) o negativo (léase no ruso). De hecho, Europa es ya parcialmente islámica, con crecientes poblaciones de musulmanes en Gran Bretaña, Francia y Alemania, y con casi cien millones de musulmanes de Albania, Bosnia, Turquía y Azerbaiyán en el espacio diplomático y estratégico europeo a través del Consejo de Europa o de la OTAN. Lo que el gurú estratégico de la UE Robert Cooper llama la «nueva comunidad de naciones europea» ha llegado a ejemplificar un antiguo truísmo imperial que los romanos, mongoles y otomanos comprendieron muy bien, pero no así los soviéticos: un imperio exitoso no puede ser racista.<sup>7</sup>

«Europeo» se ha convertido en una identidad tan fuerte (o tan débil) como «estadounidense» o «chino». Como la vida imita al arte, todos los países que participan en la Eurocopa y el Festival de Eurovisión se consideran a sí mismos europeos y cada vez son más considerados como tales por otros.<sup>8</sup> Y lo que es más importante, toda una generación de estudiantes posterior a la Guerra Fría —llamada la «generación Erasmus» por el programa de intercambio de la UE— está trascendiendo las propias identidades nacionales que sus antepasados lucharon por establecer, todo ello en aras de la estabilidad europea. Esta juventud europea «posnacional» de casi treinta países ahora viaja prácticamente sin visado desde Belfast hasta Bakú, habla múltiples lenguas, estudia en programas de intercambio en todo el

continente, vota en las elecciones al Parlamento Europeo y celebra matrimonios mixtos en una sociedad europea diversa.

Como en todos los imperios, la banda elástica de la UE se estirará hasta que ya no de más de sí; crecerá al menos hasta haber reemplazado por completo a la desmantelada Unión Soviética en el este de Europa, creando una «Pax Europea» sin fronteras y continua de unos 35 países, un manto imperial que cobijará a casi 600 millones de personas.<sup>9</sup> Pero la europeización de la zona en forma de L dista mucho de haber concluido: los países de los Balcanes y el Cáucaso son regiones frágiles después de los anteriores conflictos y se han convertido en un perfecto lugar de tránsito para el tráfico de armas y de mujeres; Turquía tiene una mentalidad propia y no será sometida fácilmente; y, por supuesto, ningún país supone un obstáculo mayor para las ambiciones de Europa que la propia Rusia.

#### EL DIVORCIO TRANSATLÁNTICO

Quienes ven en China un rival oriental de Occidente sostienen que Estados Unidos y la UE deben aunar fuerzas como nunca antes lo han hecho. Richard Rosecrance ha abogado por una fusión al estilo empresarial entre ambos lados del Atlántico, que forme una superestructura complementaria en el terreno económico y robusta en el político para contrarrestar el potencial de China.<sup>10</sup> Incluso si no existiera el desafío de China, Estados Unidos y Europa comparten unos estrechos vínculos culturales que reforzó la alianza de la OTAN durante la Guerra Fría y es muy poco probable que ambos vuelvan a intentar debilitarse entre sí físicamente.<sup>11</sup> El veterano del Departamento de Estado norteamericano Nicholas Burns ha descrito las relaciones transatlánticas como un «matrimonio sin posibilidad alguna de separación o divorcio».<sup>12</sup>

Sin embargo, cuando el experto en cuestiones transatlánticas Robert Kagan describió la visión estratégica de Estados Unidos como procedente del Marte masculino y la de Europa de la más femenina Venus, no sólo se consideró que se trataba de una ingeniosa analogía, sino más bien de una comparación psicoanalítica entre seres interiores divergentes.<sup>13</sup> A lo largo de dos siglos Estados Unidos ha pasado de rechazar a Europa a verse a sí mismo como el líder de un Occidente unido, con Europa como un socio menor. Pero como sugiere Dominique Moisi, «la configuración en tiempos de la Guerra Fría de un Occiden-

te y dos Europas» está siendo reemplazada por «una Europa pero dos Occidentales». Aun siendo los fraternales gemelos de la civilización occidental, Europa y Estados Unidos representan dos imperios diferentes: cordiales la mayor parte del tiempo, pero en el fondo compitiendo por ponerse a la cabeza de la clase geopolítica.

Europa tiene su propia visión acerca de cómo debería ser el orden mundial, y la aplica cada vez más, le guste o no a Estados Unidos. La UE es ahora la potencia económica más segura de sí misma del mundo, y castiga regularmente a Estados Unidos en disputas comerciales, al tiempo que sus estrictos estándares comerciales y medioambientales han adquirido rango mundial.<sup>14</sup> Muchos europeos consideran que el estilo de vida estadounidense es profundamente corrupto, está construido con dinero prestado, es peligroso y despiadado por su falta de protecciones sociales y catastrófico desde un punto de vista ecológico.<sup>15</sup> Entretanto Europa ha hecho realidad la aspiración de Toynbee de alcanzar una «posición intermedia entre la libre empresa y el socialismo».<sup>16</sup> La UE también dona mucha más ayuda humanitaria que Estados Unidos, mientras que América del Sur, Asia oriental y otras regiones prefieren emular el «sueño europeo» en lugar de la variante estadounidense. El periódico más leído en el mundo es el *Financial Times* londinense, no el *New York Times*.

Estados Unidos y la UE también discrepan cada vez más sobre los medios y los fines del poder. Para muchos europeos, la guerra en Irak promovida por Estados Unidos confirmó su idea de que la guerra no es un instrumento de la política, sino una señal de su fracaso. El contragolpe a Estados Unidos que inspiró los ataques de Al Qaeda en suelo europeo ha agudizado el desprecio de los europeos por la estrategia estadounidense para hacer frente a Estados problemáticos, al tiempo que les ha motivado a enaltecer su propia estrategia de transformación sostenible. Se suele decir que Estados Unidos y Europa constituyen un equipo fuerte porque «Estados Unidos rompe y Europa arregla» o que Estados Unidos «impone la ley» mientras que Europa «impone el Estado de derecho»; pero este cliché siempre ha desagradado a los europeos, quienes preferirían difundir su versión de la estabilidad *antes* de que Estados Unidos desestabilice a países de su periferia, sobre todo en el mundo árabe.

Como mínimo, los europeos creen ahora que la UE debería mantener su autonomía frente a Estados Unidos al tiempo que trabaja conjuntamente en operaciones humanitarias con dicho país en el seno de la OTAN. Pero mientras Estados Unidos reduce el tamaño de sus

fuerzas armadas en Europa, los países de la UE están unificando sus ejércitos para crear fuerzas de reacción y de pacificación comunes que potencialmente cuenten con doscientos mil efectivos, e invirtiendo en el avión de combate Eurofighter y en aviones de largo alcance. Los miembros de la UE confían cada vez más sus presupuestos de defensa a la Agencia Europea de Defensa, no a Lockheed Martin.<sup>17</sup> Es posible que las relaciones transatlánticas sean un matrimonio concertado, pero Estados Unidos y Europa continuarán actuando como si estuvieran divorciados.